

Martes I de Pascua



2 de abril de 2024

Hech 2,36-41

Sal 32

Jn 20, 11-18

P. Eduardo Suanzes, msp

Ahí está María de Magdala llorando en la entrada del sepulcro porque el cadáver ha desaparecido: el último vestigio de la presencia del Maestro. Ella busca a un muerto, pero todavía no sabe que se encontrará con el Viviente. Se queda fuera, como para subrayar una decepción ante la tumba, en la que no está ya aquél a quien busca: está fuera del misterio. Absorta en su pena, sin dejar de llorar, ni siquiera reacciona ante la presencia de los ángeles; la presencia celestial no constituye para ella signo alguno: les responde como si fueran personas ordinarias. Cuando les dice: «—*me han quitado a mi Señor*» en realidad se está refiriendo a que le han quitado su cuerpo muerto¹.

Ella representa a todo cristiano que está buscando a Jesús. El detalle es que el foco de atención de María es el sepulcro, solo el sepulcro. A Juan le interesa mostrar este dato porque lo menciona plásticamente y de tal forma que la escena la podemos imaginar al detalle.

María ha indagado incansablemente acerca del paradero del cuerpo de Jesús; ha consultado a los discípulos, a los ángeles, al supuesto hortelano (vv. 2, 13, 15). Pero cuando ve a Jesús, no le reconoce, porque ella nada más que tiene ojos para el sepulcro, para el pasado, para los tiempos de antes: está obsesionada con su desesperanza. Ella quiere reconocer a su Maestro como antes. Lo que le hace incapaz, por el momento, de reconocerlo Resucitado. Sin embargo, mientras siga mirando hacia allá no podrá encontrar nunca a Jesús, pues Jesús está vivo y ha dejado el sepulcro. Es inútil buscarlo entre los muertos ni querer encontrar su cadáver².

Esta actitud en María se repite muy frecuentemente entre nosotros, los que queremos seguir a Jesús porque le amamos. A veces nos pasa exactamente lo mismo que a ella: que somos incapaces de encontrarnos con Jesús Resucitado porque estamos con los ojos y el deseo vueltos hacia el pasado, hacia situaciones que creíamos mejores, cuando en realidad, siempre lo mejor viene cuando somos capaces de **voltearnos hoy** al oír nuestro nombre. Buscamos el consuelo en el pasado, en los tiempos mejores. La contemplación, el encuentro con Jesús Resucitado se produce solo cuando somos capaces de voltear la mirada hacia el hoy, en nuestra situación actual: este es el tiempo de Dios para nosotros y solo aquí podremos encontrarnos con Él, solo aquí están las gracias para nosotros. Las demás búsquedas o deseos de encontrarle fuera del hoy, del aquí y del ahora, nada más que son nuestras proyecciones psicológicas, naturalmente fruto del amor, como el de María, pero que son solo buscadoras del consuelo reconfortante, pero falso, de la seguridad del sepulcro.

¹ XAVIER LÉON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan IV*. Ed Sígueme. Salamanca 1998

² Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

El hecho de que María reconozca a Jesús cuando él la llama por su nombre, **y es capaz de voltearse, dejando el sepulcro atrás**, tiene un sentido profundo. Este detalle no es un recurso narrativo para dramatizar el encuentro, sino que se deja entrever que aquel que se hace ahora presente es muy distinto de los hombres de este mundo: no es accesible, a pesar de estar muy cerca de ellos; **la experiencia con Jesús Resucitado es absolutamente nueva, nunca puede repetirse, es preciso que se revele él mismo para ser reconocido cuando somos capaces de darnos la vuelta hacia él, hoy.**

El confundir a Jesús con el hortelano podría ser una forma de Juan para decirnos que ver a Jesús resucitado no lleva necesariamente de por sí al conocimiento de la fe a menos que sea Él mismo quien se revele³ y seamos capaces del voltear la mirada, no hacia nuestro deseo, sino hacia Él. María habría reconocido a Jesús yacente, pero no lo reconoce vivo. Esta ceguera de María será reflejada más tarde en la de Tomás (20,25). Estos dos personajes muestran a la comunidad anclada en la concepción de la muerte como hecho definitivo.

Si recordamos, en el relato lucano de los dos discípulos que encuentran a Jesús en el camino de Emaús y que no le reconocen hasta la fracción del pan tenemos la misma lección. Mientras que en Lucas se está diciendo a sus lectores cristianos que en la eucaristía tienen el medio para reconocer la presencia de Jesús en medio de ellos, aquí, en Juan se nos está diciendo que en la palabra de Jesús hoy tenemos el medio para reconocer su presencia. Magdalena, al reconocer a Jesús cuando él la llama «María», hace realidad lo que ya Jesús dijo con anterioridad: «*Las ovejas escuchan su voz cuando llama a las suyas por su nombre*»⁴. Este episodio ilustra lo que afirmó el Buen Pastor: «*Conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí*»⁵. Es como si en fondo de la narración estuviera en la mente de Juan este episodio del Cantar de los Cantares:

*Busqué al amor de mi alma;
¡lo busqué y no lo encontré!
Me levanté, recorrí la ciudad,
las calles y las plazas,
buscando al amor de mi alma;
¡lo busqué y no lo encontré!
Me encontraron los centinelas...:
«¿Han visto al amor de mi alma?».
Pero apenas les dejé,
encontré al amor de mi alma.
Lo abracé...»⁶*

Es como si en esta escena se cristalizara de una forma sublime aquel pasaje de Isaías: «*No temas, porque yo te he redimido; te he llamado por tu nombre; tú eres mío*»⁷. María no lo

³ Cfr. RAYMOND E. BROWN, S.S. *El Evangelio según Juan XIII-XXI*. Ed. Cristiandad. Madrid 1979

⁴ Jn 10,3

⁵ Jn 10,14.27

⁶ Cant 3,1-4

⁷ Is 43,1

había reconocido por la vista, pero ahora sí lo hace por la voz. Y ahora no mira más al pasado, se vuelve del todo, se abre para ella un horizonte propio: ahora es cuando responde a Jesús.

Tenemos que fijarnos en el detalle del modo cómo María responde a Jesús. Ella lo llama «*Rabbuní*» o «*mi (querido) Rabbí*». Hay otro episodio muy parecido en Juan, al inicio del evangelio, cuando los discípulos del Bautista le están siguiendo y responden de igual manera a Jesús ante la misma pregunta: «—¿*Qué buscan?*», y ellos le contestan llamándole «*Rabbí*».⁸ También en este caso responde María llamando a Jesús «*Rabbí*» cuando él le pregunta: «*¿—A quién buscas?*» Ella se identifica como discípula y a Él como maestro querido. Jesús es el Maestro de todo aquél que le busca; es el que enseña el camino para encontrarle: Él es el mismo camino.

María se ha girado y entonces sucede algo sorprendente. Ella se arroja a sus pies intentando retenerle. Otra vez el Cantar de los Cantares se hace presente en la esposa María:

*«Encontré al amor de mi alma:
lo agarraré y ya no lo soltaré,
hasta meterlo en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me llevó en sus entrañas»⁹.*

¿Por qué Jesús le responde de esa manera: «—*Suéltame, porque todavía no he subido al Padre?*»

Ya en la última cena había dicho: «*Volveré. Dentro de poco el mundo no me verá más; ustedes sí me verán*»¹⁰. Cuando Magdalena ve a Jesús, piensa que ya ha regresado tal como había prometido y que ahora se quedará con ella y con los demás que le habían seguido, reanudando la anterior relación. Jesús había dicho: «—*Volveré a verles y sus corazones se alegrarán con una alegría que nadie podrá quitarles*»¹¹ Magdalena trata de aferrarse a la fuente de su alegría, confundiendo una aparición de Jesús resucitado con su presencia permanente junto a ella y los discípulos. Al decirle que le suelte, Jesús da a entender que esa presencia permanente no se realizará por vía de apariciones, sino mediante el don del Espíritu, que sólo podrá venir una vez que él haya ascendido al Padre: «—*Es necesario que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a ustedes el Consolador*»¹². En vez de agarrarse a Jesús se le ordena ir y preparar a los discípulos para la venida de Jesús que tendrá lugar cuando sea dado el Espíritu. La presencia de Jesús después de la resurrección es transitoria, pero será permanente no ya por una proximidad sensible, sino por la venida del Espíritu.

⁸ Jn 1,38

⁹ Cant 3,4

¹⁰ Jn 14,18-19

¹¹ Jn 16,22

¹² Jn 16, 7